



APROBADA Y BENDICIDA POR SU SANTIDAD, PARA ENERO DE 1923.

¡QUE DIOS NOS DE SANTOS SACERDOTES!

Aquella mañana, si pudiéramos decirlo así, Jesús se excedió a sí mismo. Sentado en la bendita montaña, tenía delante de sí a las multitudes, que le seguían por todas partes.

Debió de ser una mañana radiosa de primavera. Verdes y floridos los campos, puro y perfumado el ambiente, azul el cielo, brillante el sol, tranquilo el soplo del viento. La naturaleza entera, levantaba el himno de amor con que canta las glorias del que la creó tan hermosa.

Jesús, que tenía un alma extremadamente sensible a la belleza, reunía en ella las esparcidas notas del cántico universal de las criaturas, y con todo el amor de su Corazón divino las dirigía acordadas y solemnes hacia el Padre Celestial.

¡Qué bellas eran las cosas, que había hecho la Omnipotencia Divina!

Y Jesús veía que **¡todo era bueno!**

Peró su mirada divina, después de recrearse con el espectáculo del universo material, fijóse en la multitud, que esperaba con ansia su palabra.

Allí estaban los pobres, los humildes, los despreciados